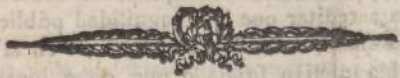


SUPLEMENTO

AL NÚMERO 106 DEL OBSERVADOR,

Del Martes 28 de octubre de 1834.



Señoras Redactores del Observador.

Muy señores míos: uno de los mas preciosos dotes anejos á la libertad racional de la prensa, es el freno que impone á la arbitrariedad el temor de que salgan á luz pública los hechos que se resentan de ella. Intimamente convencido de tan importante verdad, creo hacer un bien á la causa de la justicia y al gobierno maternal de nuestra adorada Cristina, poniendo de manifiesto los procedimientos ilegales de varias autoridades civiles y militares de las Islas Canarias, ejercidos contra la persona del benemérito profesor de medicina y cirugía don Antonio Roig, residente en la ciudad de las Palmas, que son los que aparecen de la siguiente relación.

Conocido don Antonio Roig en la ciudad de las Palmas y en toda la isla por su acendrado patriotismo, amor constante á las libertades públicas, y pronunciada adhesión á los derechos legítimos de la señora doña Isabel II, fue siempre el blanco del odio implacable de los factores del despotismo de los enemigos de la felicidad de la patria, de su regeneración y de su gloria, desde que cayó el sistema constitucional en 1823 hasta el de 1832. A duras penas pudo librarse de las intrigas y asechanzas con que bajo mil variadas formas, se intentaba su ruina y perdición. Una vigilancia suma sobre sí mismo, una estremada reserva en sus acciones y palabras, y el fuero militar de artillería que gozaba, inutilizaron por entonces los pérfidos conatos de sus perseguidores.

Pero lo que no pudieron lograr en aquellos diez años de opresión y arbitrariedad, lo consiguieron por una fatalidad inconcebible, en el momento mismo en que la hermosa aurora de la libertad, iluminando el horizonte español, anunciaba el restablecimiento del imperio de las leyes.

En 30 de noviembre de 1832 cuando todos los buenos españoles estaban consternados tanto en Canarias como en la península, por la infausta noticia que equivocada ó maliciosamente se hizo circular de la muerte del señor don Fernando VII, arribaron varios buques á la Gran-Canaria con la correspondencia de la corte, por la que no solo se desmintió aquel falso supuesto, sino que revelando las memorables ocurrencias de la Granja, anunciaban tambien el restablecimiento de la salud de S. M. y la regencia interina de su augusta y amada Esposa. Circularon al mismo tiempo en la población varias papeletas con otras noticias muy plausibles y satisfactorias que inflamaron el entusiasmo de la mayoría de los ciudadanos, haciéndoles prorrumper en demostraciones de júbilo y clamorosa alegría. Hubo músicas por las calles, cantáronse canciones patrióticas, disparáronse voladores, repicáronse las campanas y diéronse innumerables vivas al rey y á la libertad. Por la noche hubo iluminación general con acuerdo de las autoridades, pues se iluminaron la catedral, casas consistoriales, la de la Real audiencia y las de sus ministros; solo el palacio del señor obispo, que lo era entonces el señor don Bernardino Martínez, dejó de iluminarse: desde la oración mandó su ilustrísima cerrar las puertas y ventanas, negándose así á tomar parte en la alegría del pueblo, como pesaroso y ofendido tal vez de las causas que la motivaban.

Durante aquel día no se observó el menor esceso, no se dió lugar á mas ligero disgusto, y el orden público fue respetado; pero las sombras de la noche, favorables siempre á los malvados, dieron ocasion á que alguno de estos instigado por los que sentían y repugnaban los motivos del popular contento intentase acibararlo rompiendo algunos cristales del palacio episcopal.

Este suceso aislado ó insignificante en su esencia y circunstancias, produjo sin embargo el efecto que se habían propuesto sus autores, que era alarmar á las autoridades, promover un procedimiento judicial, y hacer que recayese la odiosidad del hecho sobre los leales y buenos ciudadanos. Así pues, el Real Acuerdo, no obstante que la mayor parte de sus individuos habían aparentado ostensiblemente conformarse con la credulidad pública respecto de las noticias esparcidas en dicho día, mandó formar causa sobre aquellas ocurrencias, á cuyo fin fue llamado al Acuerdo el corregidor de la ciudad. Este magistrado había sido el primero á solemnizar la fiesta, disparando voladores, presenciando los regocijos y ninguna oposición manifestó á que se hicieran y continuasen. Mas como temiese sin duda haberse comprometido demasiado é incurrir en el desagrado de los señores oidores, trató de cubrirse lo mejor que pudo y á cualquiera costa: así fue que preguntado por el Acuerdo quiénes habían tomado parte en los sucesos de aquel día, contestó que solo había conocido á don Antonio Roig. Respuesta extraordinaria y profundamente maliciosa, si se considera que el que la dió llevaba 17 años de residencia en el pueblo, y

que se ha encontrado en medio de una reunion numerosa á la mitad del día.

No obstante, pues, este indicio de parcialidad, comisionó el Acuerdo al mismo corregidor para que formase el sumario, viéndose de este modo la singular é irritante anomalía de que el comisionado fuese delator y juez á un tiempo mismo; y en este doble contradictorio concepto se eligieron testigos á propósito que confirmaron la denuncia, habiendo seguido el propio rumbo uno de los señores ministros de la Audiencia que continuó la otra del corregidor sin rectificar el vicio capital de que adolecía, y sin hacer caso de esta y otras circunstancias que eran favorables al supuesto reo. Como había un plan combinado y un interés especial en desnaturalizar los sucesos para estraviar y comprimir la opinion pública, se fraguó un parte al gobierno pintando con mentidos colores, cual obra de exaltados revolucionarios, la sencilla é inofensiva espansion del mas puro amor al trono legítimo y á los fueros nacionales. Bajo este punto de vista debió haber mirado el gobierno aquella oficiosa y falaz comunicación, pues habiéndose sofocado la causa sin ulterior resultado, sin duda contestó de un modo poco agradable á los que la promovieran.

Aunque por esta vez se frustraron sus esperanzas, no por eso desistieron de realizarlas en mas oportuna ocasion. Hay en aquella Isla la costumbre no interrumpida de disparar voladores por la mas pequeña causa que produzca algun placer ó satisfaccion: se disparan todos los días, á todas horas y por toda clase de gentes, como que el mismo señor corregidor los disparó para solemnizar la entrada del agua en el estanque de una hacienda que había comprado: (1) nadie fija la atencion en los cohetes, nadie inquiere su motivo ú objeto, y nadie ha pensado jamas en prohibirlos hasta que se han empleado en obsequio de Isabel II.

Habiendo llegado la orden para su solemne proclamación, se acordó por el ayuntamiento de la ciudad de las Palmas, capital de toda la Isla, verificarla el día de santa Isabel; y si bien algunos concejales deseaban que fuese con brillo y esplendor, ello es que en muy pocos pueblos de la monarquía se habrá hecho con menos lucimiento.

El contraste que ofrecia el entusiasmo y generosa esplendidez del regidor decano, con la taciturnidad del ayuntamiento que impuso al pueblo el mas profundo silencio; el estruendo de los voladores disparados desde algunas casas del tránsito y especialmente y en mayor número de la de don Antonio Roig, iluminación tres noches y un rato de música en cada una; hé aquí lo que tuvo de particular en aquella importante y augusta ceremonia. Pero no dejó de llamar la atencion del público el ver que cuando en otras ocasiones se esponia el retrato del Rey, le hacian la guardia de honor solo los gefes, oficiales y maestrantes, y en esta solemnidad al retrato de Isabel II, ó al escudo de armas que le representaba, no se le consideró digno de aquella distinción, y le dieron la guardia los soldados de artillería.

Animado todo el mundo de las lisongeras esperanzas que hacian concebir las acertadas medidas de la inmortal Reina Gobernadora, solo se deseaba que el lugar de Cea Bermúdez fuese ocupado por otro ministro mas acreedor á la confianza de la nación; y así subió de punto la alegría de los leales, cuando á fines de enero del corriente se supo por la Gaceta española *Antoñita*, procedente de Cádiz, la caída de Cea, las representaciones de los generales Llauder y Quesada para la reunion de Cortes, y otros sucesos de igual interés; en cuya celebridad se disparan casi todas las noches algunos voladores entre la oración y ánimas.

El 12 de febrero por la mañana fueron á la casa de Roig dos sujetos, que con el mayor alborozo le participaron haber llegado el correo de la península, y que confirmaba las antecedentes noticias, añadiéndose que el señor Martínez de la Rosa reemplazaba á Cea, que el señor Garelly entraba en el ministerio de Gracia y Justicia, que se verificaria la reunion de las Cortes, que las tropas de la Reina habían derrotado á los facciosos de Navarra, Rebasando en júbilo por tan faustas nuevas, dispararon al instante diez ó doce voladores, acostumbrado signo de toda complacencia, y en seguida se separaron. Hubo de oírlos y saber el motivo el maestro sastre Juan Lopez, y correspondió desde su casa con dos ó tres tiros de escopeta á pólvora seca. En las siguientes noches sonaron algunos otros voladores en varios puntos de la población, pero ninguno mas salió de la casa del médico Roig.

(1) La ley que prohibe á los jueces y magistrados afincarse en el territorio de su jurisdicción, no tiene efecto en la Isla, y así todos estos señores están afincados, como sucede con los señores oidores Mier y Santo Domingo.

Hacia el 26 de dicho mes corrió la voz que el Real Acuerdo había prohibido los cohetes; pero no se dió asenso á este rumor porque estando en uso para celebrar las cosas mas insignificantes, no era creible se prohibiesen cuando se empleaban para publicar los triunfos de las armas de Isabel y la prosperidad y la gloria de la nación. Sin embargo, era cierto que sino se prohibían ostensiblemente y con las formalidades legales, se condenaba en secreto su uso en tales circunstancias, y se trazaba con sigiloso esmero el plan de vengarse de la incomodidad que su estrépito causaba á ciertas gentes.

El ex-comandante general de las Islas don Francisco Tomas Morales, aunque residia habitualmente en Santa Cruz de Tenerife, pasaba con mucha frecuencia á la Gran Canaria, donde tiene una hacienda á cuatro leguas de la ciudad. Llegó á ella el 12 de febrero, reuniéndose allí con su familia y su yerno el gobernador de Canaria, que de los doce meses del año gasta ocho ó nueve entre dichas haciendas y Santa Cruz, y escasamente tres en la ciudad, residencia de su gobierno.

Permaneció S. E. en su hacienda todo lo restante del mes, y el primero de marzo siguiente entró en la ciudad acompañado del gobernador, y desde su llegada dió la orden de prision contra el médico Roig, un abogado que fuera juez de primera instancia en 1823, y el sastre Juan Lopez, de que ya hemos hablado, enemistados los dos últimos con algunos de los señores ministros de la audiencia, por diferentes motivos. Al primero se le condujo á un castillo situado á la orilla del mar, distante mas de media legua del pueblo; al segundo á otro castillo dentro del pueblo, y al tercero al calabozo de un cuartel; á todos se les paso incomunicados, y al médico con centinela de viata. Cercáronse con tropa las casas de los presos, hizose en ellas un escrupuloso registro, cruzaban patrullas por las calles, y todo presentaba un aparato imponente, que llenaba de terror á los habitantes que se preguntaban asombrados el motivo de tan escandaloso procedimiento. Al tercer día se comunicó orden del general á los presos, para que se preparasen á ir á Santa Cruz de Tenerife. El cuarto por la mañana fue conducido cada uno al embarcadero por el respectivo sargento de su guardia: un oficial ayudante de S. E. se embarcó con ellos, y llegados que fueron á dicho puerto, los encerraron en el castillo de Paso-alto, con orden de que solo se les permitiese comunicar con hombres de circunstancias á horas regulares; pero de ningun modo ni á hora alguna con mugeres.

Como don Antonio Roig goza del fuero de artillería, á comandante de esta arma en Canaria, lo reclamó á dicho comandante general, manifestándole al mismo tiempo una orden especial en que S. M. se lo declaraba; mas S. E. se desentendió de todo, negándose á la entrega. El comandante de artillería del departamento, reiteró la misma reclamación con fecha de 5 y 10 de marzo; pero hasta el 12 no contestó S. E. diciendo que Roig podia pasearse por el pueblo si dicho comandante salia responsable de que no regresaria á Canaria hasta nueva determinación. En vano insistió este en que siendo juez natural del preso se le consignase con la causa, para juzgarle con arreglo á las leyes, pues S. E. contestó negativamente, añadiendo que obraba en virtud de órdenes reservadas, y que daba cuenta á S. M.

En este estado y por una contradicción inesplicable; pero que hace sospechar de la rectitud de intenciones del excelentísimo señor comandante general, sucedió que hallándose el 17 de marzo en Santa Cruz el comandante de artillería de Canaria, y habiendo visitado á S. E. habló este de Roig, y encareció mucho la estimación en que le tenia, diciendo que nada resultaba contra él, que había sufrido una equivocación al encerrarle en Paso-alto; pero que como había transcurrido algun tiempo, juzgaba preciso se le pidiese el relajamiento de la prision por medio de un memorial, que al momento accediera á ello: lo cual se hizo entender al médico y sus compañeros por distintos conductos.

Reusaba el primero acceder á esta insinuación, pero importunado por sus amigos se resolvió á poner un memorial, solicitando se le proporcionasen los medios de proveer á su defensa: lo mismo ejecutaron sus compañeros estendiéndose á pedir la libertad. Cuantos hablaban á S. E. sobre el asunto, todos le oían decir que de un momento á otro les relajaria la prision á la ciudad y arrabales; mas á pesar de tan explícitas promesas, el día 20 de marzo devolvió S. E. los memoriales con el decreto marginal siguiente. "Pendiendo de la resolución soberana el motivo del arresto y separación de la ciudad de las Palmas en Canaria de estos individuos, usen de su derecho donde y como les convenga." Niguna sorpresa causó este resultado al médico Roig; pero si le maravilló que se hiciese intervenir en tan vergonzoso engaño á

un personaje de tan relevantes prendas como el comandante de artillería.

Mientras aquel infeliz esperaba la resolución del recurso que había elevado al excelentísimo señor director general del cuerpo en 5 y 15 del dicho mes, fue atacado de un dolor cefálico, tan sumamente violento, que llegó á perder los sentidos, y aunque á beneficio de los escasos recursos medicinales que ofrece un despojado consiguió algún alivio, fue muy pasajero, pues se le arraigó el mal en términos que lo ha sufrido intensamente setenta y dos días postrado en cama; y aun padece y padecerá por mucho tiempo sus estragos, como deplorables y necesarios efectos de la insalubridad y rigor de la prision. Oprimido con el grave peso de tan dolorosos padecimientos, y viendo que se le privaba de los socorros de la humanidad, que ni se niegan á los reos confesos del mas atroz delito, sin que él hubiese cometido otro que celebrar con franqueza el triunfo de las armas de Isabel II, acudió al señor comandante del departamento con una exposición en este sentido; quien ofició á S. E. incluyéndosela, y este contestó diciendo que podía trasladarse al preso á una casa del pueblo, á fin de medicarse, pero dando fianza de guardar prision en ella, y de regresar al castillo cuando se hallase restablecido. Mas dichosos fueron los otros dos compañeros, pues habiendo pretendido al cabo de veinte dias se les permitiese pasar al pueblo á restablecer su salud, lo consiguieron con la facultad de pasearse dentro de sus muros: gracia á que no se consideró acreedor á Roig, en 24 de abril, aunque se le consideraba tal en 12 de marzo. Anomalía singular que patentiza que las pasiones, y no la razon ni la justicia eran el móvil de tan estrepitosos cuanto arbitrarios procedimientos.

Cuando se verificaron estas prisiones cuya causa nadie presumia, se sobrecogieron de pánico terror los fieles habitantes de la ciudad de las Palmas: todos se veían amenaza-

dos en las personas de aquellos honrados patriotas, y cada ciudadano temia la pérdida de su libertad individual por un acto igualmente despótico y arbitrario. Fue tan viva la alarma que este infausto suceso infundió en los espíritus, que el ayuntamiento á consecuencia de invitacion formal y por escrito de los dos regidores mas antiguos, acordó tomar en consideracion el estado del pueblo, y oficial como lo hizo al comandante general, para que le informase de los motivos que lo produjeron. No respondió S. E. en términos satisfactorios para aquietar la justa ansiedad del ayuntamiento, y creyendo este comprometido su propio decoro, así como la opinion del pueblo, determinó practicar una informacion judicial para acreditar que la tranquilidad pública ni el buen orden no se habian alterado un momento en la poblacion, y que no habia motivo fundado que diese lugar á tan violentas medidas. El corregidor presidente de la corporacion se negó bajo especiosos pretextos y por sus miras personales é interesadas, á recibir dicha informacion; y en consecuencia comisionó el ayuntamiento á dos individuos de su seno para que la evacuasen, y al regidor decano para que pasase á Madrid, á fin de reclamar á S. M. la satisfaccion debida á tan grandes agravios.

En tanto que se esperaba con impaciencia la resolución del gobierno, se estampó en el Boletín oficial de la provincia una Real orden fecha 29 de abril, de la que se infiere que la Real audiencia, así como el excelentísimo señor comandante general, dieron parte á S. M. de unos alborotos que supusieron ocurridos en la ciudad de las Palmas desde el 12 hasta el 14 de febrero, por cuya razon no pudo menos de aprobar segun parece unos procedimientos que á tener mas exactos informes habrian merecido su Real desagrado. No hay en toda la provincia una sola persona que haya tenido noticia de semejantes alborotos, á escepcion de los que las forjaron para denunciarlos en seguida, á fin de sofocar los

enérgicos sentimientos de amor y lealtad de un pueblo pacífico y moderado hacia su amada é inocente Reina. Motivos aconados, revoluciones espantosas son (para ciertos hombres que vivieron hasta aqui de abusos, y que prosperaron con los males de la patria) las mas sencillas manifestaciones que anuncian el placer de los que miran en el feliz reinado de Isabel II, hundido para siempre el despotismo, y elevado á su vez el magestuoso edificio de las luces y de la libertad.

Así pues tuvieron la impudencia de llamar alboroto á un acto de disparar tres personas, cada una en su respectiva casa, media docena de cohetes, sin oírse una sola voz que inspirase el menor recelo al corazon mas tímido ó pusilánime. Así calificaron de revolucion un hecho que se repite todos los dias, y no se vaciló en asegurar que sus excesos habian durado desde el 12 al 14 de febrero, cuando apenas emplearon diez minutos en disparar los malhadados voladores.

Nunca fueron estos desagradables á las autoridades superiores de la Isla, como que en la casa del señor regente actual se elevaron muchas veces ni cayeron en disfavor hasta que han servido para anunciar las glorias de Isabel y la restauracion de nuestras leyes fundamentales.

No obstante, tres ciudadanos honrados y pacíficos fueron arrancados del seno de sus familias por la fuerza armada sepultados en los calabozos, vejados y oprimidos, y ya cuatro meses ha en tan horrible situacion, sin habérselo tomado declaracion, ni manifestado la causa de tan inaudito proceder.

Ruego, pues, á Vmds., señores Redactores, se sirva insertarlo en su apreciable periódico, para que surta los efectos que indiqué al principio de este artículo, á lo cual quedará á Vmds. agradecido este su servidor Q. B. S. M.

Francisco García de Perales.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN, A cargo de M. Macías

La caridad
vino Funda
nuestros en
píritu de be
de nuestros
apóstoles no
fieles, y con
de piedad p
señaron no
la necesidad
las limosnas

Todos
la humanid
de su inven
reunidos los
rio para o
valido, al s
á la socieda

Sabemos
Madrid se
establecimi
el saber qu
vento, cre
fácil encon
aquel piad
entre ocho
setiembre

No son
de los gobe
el corregid
las iglesias
se, den alg

Nada r
ra en los t
res sagrad
una silla,
gobernador
ducir la ex
voluntaria
estabecimi
sacristanes
templo pis
tillo de las
del cumula
de estampa
iglesias, co
lan, contr
elemosinar
mayo de r
peraba de
precision d
resolucion
causan los

Incend

Entre
periódicos
Herald hec

La noc
destruidas
de los con
sobre Wes
punto de l
teatro del
fico espect
to de la a
dia. Las il
lores: el t
los agente
apartar p
de estos fu
aumentaba

(1) H
del 20 de
las que po
tos, añad
lectores qu
rándolo c
medio mi
La pérdid